

Más allá de la sensatez

EL PENSAMIENTO DE C.S. LEWIS

Manfred Svensson



editorial clie

A mi familia

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
<http://www.clie.es>



© Manfred Svensson

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

© 2011 Editorial CLIE

Svensson, Manfred

El pensamiento de C. S. Lewis . MÁS ALLÁ DE LA SENSATEZ

ISBN: 978-84-8267-575-6

Clasifíquese: 0065 - PENSAMIENTO CRISTIANO

CTC: 01-01-0065-20

Referencia: 224743

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

ÍNDICE

Introducción	9
1. Más allá de la sensatez	9
2. Luz en la tierra de sombras	10
3. Ética y política en la tradición del «viejo hombre occidental»	14
El lenguaje y la racionalidad	19
1. Defendiendo la razón	19
2. El verbicidio	25
3. La prensa y la opinión	29
El progreso y la visión lewisiana de la historia	33
1. Entre progresismo y crítica de la civilización	33
2. Salvando el sentido del progreso	39
3. El gran vuelco y la visión lewisiana de la historia	41
Manipulación y abolición del hombre	49
1. Las utopías pesimistas	49
2. Sentimientos y razón en la educación	51
3. La ética tradicional en la encrucijada	54
4. Relativismo y poder	59
Críticas y defensas de la ley natural	63
1. El cálculo de consecuencias: ¿ética del político?	63
2. La ley natural	66
3. Ecología y naturaleza humana	71
4. <i>Puritania</i> , el trabajo en común y la objeción protestante contra la ley natural	73
La religión de Lewis	81
1. La crítica moderna a la religión	81
2. Lo milagroso, lo racional y la historia	84

3. El deseo y la alegría	89
4. De la moral a Dios, ¿y vuelta?	92
Lewis y las tradiciones cristianas	97
1. ¿Qué es «mero cristianismo»?	98
2. Lewis entre católicos y protestantes	101
3. Lewis entre liberales y fundamentalistas	106
4. Un anglicano «ni muy alto ni muy bajo»	110
5. La unidad deseada	114
Comunidad	117
1. El individualismo y el valor de la persona	117
2. Comunidad y amistad	119
3. El círculo interior	125
4. El amor, la fidelidad y el «derecho a ser felices»	128
Las formas del saber	133
1. Ciencia, científicismo y ciencias sociales	133
2. La clasificación antigua del saber	138
3. Artes liberales y educación	142
4. Crítica literaria y postmodernismo	148
Miscelánea práctica: de la guerra a la cortesía	153
1. El «conservadurismo» de Lewis	153
2. Castigar a los criminales y atacar a los hostiles: por qué Lewis no fue un pacifista	155
3. La economía	162
4. Igualdad y democracia	166
5. La cortesía	170
Contra el encierro: ni en el yo ni en la iglesia	173
1. El orgullo humano y el amor ordenado	173
2. La comunidad cristiana y la comunidad política	180
Bibliografía	185
Obras de C. S. Lewis	187
Obras citadas de otros autores	189

Nota preliminar

El presente libro es una versión sustancialmente modificada de *Ética y política: una mirada desde C. S. Lewis* (CLIE, 2005). La segunda edición de un libro no sólo es una buena oportunidad para corregir o eliminar aquello de lo que el autor se avergüenza, sino también para repensar el tipo de público al que se dirige. Como resultado, este libro no se dirige tan exclusivamente a un público protestante como la edición anterior, sino que espero que se haya adecuado tanto a un público no creyente como a un público católico. No espero, desde luego, que se haya «adecuado» en el sentido de hacerse más inofensivo, sino más interesante. Con eso, por cierto, simplemente sigo la tendencia natural del objeto del libro: C. S. Lewis, un escritor que siendo anglicano ha sido —tal vez más que cualquier otro autor de dicha tradición— leído ávidamente fuera de su propia iglesia. Con eso en mente han aparecido algunos capítulos nuevos y la mayoría de los que se mantienen han sido reescritos total o parcialmente. Tal vez lo único que merecía mantenerse sin cambio era la dedicatoria a Carolina y a mis padres. Pero como entretanto se han sumado Félix, Tobías y Linnéa, lo dejo simplemente en «a mi familia».

Introducción

1. Más allá de la sensatez

C. S. Lewis es un autor hoy conocido por obras como *Las crónicas de Narnia*, obras profundas pero sencillas, que pueden ser comprendidas por los niños e incluso por algunos adultos —no escribía para niños, sino para los que son como niños. Pero no siempre fue así lo que escribió. Tras su conversión al cristianismo en 1932, la primera obra que publicó fue *El regreso del peregrino. Una apología alegórica del cristianismo, la razón y el romanticismo*. Y ésta no es una obra de fácil lectura. La lectura y comprensión de *El regreso del peregrino* es ardua, ella misma un peregrinaje. En medio de éste nos encontramos con un tal Mr. Sensible. Su nombre, por cierto, no debería ser traducido como «Mr. Sensible», sino como «Mr. Sensato». Este Sr. Sensato es un hombre que simplemente quiere todo en su justa medida —en eso consiste su sensatez. Un hombre que quiere, por ejemplo, cultura, pero sin los excesos de una filosofía que pregunta seriamente por la verdad. Y para fundamentar su moderación cita una clásica definición de Aristóteles, según la cual la virtud es un justo medio. Sólo evitar posiciones extremas, en eso consiste la sabiduría del Sr. Sensato. Pero otro de los personajes, Vertue, lo interrumpe y corrige, recordándole que según Aristóteles la virtud es un justo medio entre los vicios, igualmente apartado de ambos, pero que al mismo tiempo es algo extremo en dirección al bien. Nace de ahí una moderación radicalmente distinta. No sólo hay que huir de los extremos, sino también hay que buscar cierto bien. Y respecto de tal bien hay que ser extremo, pues *no puede haber exceso de bien*.

C. S. Lewis no fue un hombre «sensato». Representa por supuesto a una tradición de moderación. En su época podría haberse jactado, como cualquier Sr. Sensato, de no haber militado en ninguno de los extremos del espectro ideológico. Pero hizo más que eso. Seguía al Aristóteles de Vertue más que al del Sr. Sensato. Veía que para mantener sobre la tierra una vida *humana* no basta con huir de los extremos. Sea que nos dirijamos a los juicios morales y políticos de Lewis, o a sus ensayos sobre el amor o la literatura, nos encontraremos con lo mismo: con un autor que por una parte es moderado, que sabe de qué extremos debemos apartarnos, pero que a la vez no retrocede ante algunas convicciones que pueden parecer duras, porque en dirección al bien conviene ir lejos. Esa consecuencia es lo que disgustaba al Sr. Sensato, quien se queja en los siguientes términos: «La sensatez es ligera, la razón es dura. La sensatez sabe dónde detenerse con graciosa inconsistencia, mientras que la razón sigue como esclava una abstracta lógica sin saber hacia dónde la llevará»¹. Lewis efectivamente estaba dispuesto a seguir dicha lógica, dondequiera que lo llevara —pero la de él no era nada de abstracta, sino encarnada en obras literarias de las que la mera sensatez es incapaz.

2. Luz en la tierra de sombras

¿Pero quién fue este C. S. Lewis? La película *Tierra de sombras* nos da una imagen bastante correcta de su vida, en cuanto nos lo presenta ante todo como un catedrático. Como Lewis es hoy conocido por obras de fantasía y literatura (aparentemente) infantil, podemos con facilidad perder de vista ese aspecto central de su vida, llevando a que lo imaginemos sólo como un escritor en lugar de verlo como un académico, y un académico singularmente erudito. Pero su vida estaba en la universidad, como profesor de literatura inglesa medieval y renacentista. También la vida de un académico puede ser bastante interesante, como lo muestran de sobra las excelentes

¹ Lewis, C. S., *The Pilgrim's Regress. An Allegorical Apology for Christianity, Reason and Romanticism* en *The Collected Works of C. S. Lewis*. Inspirational Press, Nueva York, 1996, p. 63.

biografías que hay de Lewis. Pero como tales biografías ya existen, aquí limitaremos lo biográfico a ciertos aspectos de su carácter que podemos destacar en *Sorprendido por la alegría*, su propia autobiografía. A partir de dicho libro quiero resaltar tres aspectos de Lewis que nos permitirán entrar a los temas que trata en el mismo espíritu que él los trata. Quiero presentarlo como un hombre de libros, de consecuencia y de inteligencia.

Un hombre de libros. Su niñez la pasó en distintas escuelas y bajo diversos tutores privados. Uno de éstos advirtió desde el primer momento al padre de Lewis que éste o bien llegaría a ser un académico, o bien no llegaría a ser nada. Había crecido y seguía creciendo entre libros. Descubrir un amigo era descubrir a alguien que leyera los mismos libros. Lewis da un ejemplo claro del papel que ocupaban en su vida los libros al comentar lo que le ocurrió al ser enviado a luchar en la Primera Guerra Mundial. Recuerda que al entrar al campo de batalla y oír por primera vez una bala, su pensamiento fue «esto es una guerra. *Es de esto que escribió Homero*»². ¿Qué debemos pensar de alguien capaz de hacer tal comentario, de alguien al que, en medio de la guerra, las balas lo hacen pensar en libros? Esas son las palabras de alguien que no leía para «distraerse», sino que vive con la lectura. Y lo mismo se nota en otros temas muy decisivos: «si un joven quiere seguir siendo ateo», escribe en otro momento, «tendrá que ser muy cuidadoso en la selección de sus lecturas»³. Él mismo había experimentado el giro involuntario que un buen libro puede dar a nuestra vida. Al leer a Chesterton, escribe, «no sabía en lo que me estaba metiendo»⁴. Ahora bien, es muy importante notar desde un comienzo que este gusto por los libros no tiene nada que ver con un «mundo de la cultura»: confiesa haber dedicado años a la lectura antes de enterarse de que existía siquiera tal mundo⁵. Lewis no es del mundo de la cultura, sino de los libros y de las realidades descritas y abiertas por ellos.

² Lewis, C. S., *Surprised by Joy*. Fontana Books, Londres, 1960, p. 158. Mi cursiva.

³ *Ibid.*, p. 154.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*, p. 85.

Eso nos lleva al segundo punto: un hombre consecuente. Eso desde luego no es idéntico con ser un hombre invariable, incapaz de cambiar. Lewis precisamente *cambió porque era consecuente* a la hora de seguir argumentos. Encontró argumentos y experiencias que le mostraron que estaba equivocado, y siguió con consecuencia dichos argumentos y experiencias. Pero también el ser consecuente es algo que tuvo que aprender. Así recuerda, por ejemplo, que recién en su juventud, al ser enviado a la guerra, le tocó conocer por vez primera a «un hombre de conciencia. Hasta entonces no me había encontrado con nadie de mi edad o naturaleza que tuviese principios»⁶. Él mismo tampoco los tenía, pero iniciaba gracias a amigos como éste su camino hacia ese tipo de vida. Pero lo que me interesa notar es que si bien hay un sentido en que Lewis se ve «deslumbrado» por lo que estaba descubriendo, no significa que necesariamente se sintiera «a gusto». Desde luego se vio «sorprendido por la alegría», pero porque no buscaba sólo alegría, sino verdad, y aprendió a seguirla también cuando no parecía alegrarlo. El punto en que esto más claramente puede ser visto es en el momento en que deja de ser ateo: «en 1929 cedí, admití que Dios era Dios, me arrodillé y oré; tal vez esa noche era el converso más abatido y *reacio* de toda Inglaterra»⁷. Pensar de la mano de Lewis implica aprender, al menos de vez en cuando, a pensar *contra* nuestras propias inclinaciones inmediatas, a seguir de modo *reacio* algunos argumentos.

Pero ser consecuente, ser capaz de seguir argumentos incluso de un modo *reacio*, requiere ser al menos en alguna medida un hombre de inteligencia. A nadie le cabe la menor duda de que en el caso de Lewis esta condición se cumple. El siglo XX tuvo tal vez otros autores cristianos más profundos que él, algunos tal vez más populares, otros más eruditos, pero es poco probable que haya tenido alguno tan claro. Lewis es un autor que enfrentado él mismo a un problema, o enfrentándonos a nosotros a un problema, suele sacarnos de la confusión y ponernos ante las alternativas realmente

⁶ Ibid., p. 154.

⁷ Ibid., p. 182. Mi cursiva.

existentes. Pero eso es no sólo un don, sino también algo trabajosamente cultivado. En este sentido es importante recordar que si bien dedicó la mayor parte de su vida a la literatura y la crítica literaria, el comienzo de su vida académica fue en la filosofía, disciplina en la que fue tutor en Oxford por un breve período. Su cambio de la docencia en filosofía a la literatura lo describe en una carta a su hermano Warren en los siguientes términos: «Me alegro bastante por el cambio. Si bien tal vez tenía la mente, ciertamente no tenía los nervios como para una vida dedicada a la filosofía. Una continua búsqueda de los fundamentos abstractos de las cosas, un continuo cuestionar lo que hombres comunes dan por sentado, [...] ¿es ése un género de vida ideal para gente con un temperamento como el nuestro? [...] No estoy condenando la filosofía. De hecho, al dejarla para dedicarme a la literatura y a la crítica literaria estoy consciente de que eso significa bajar un peldaño. Y si bien el aire en las alturas no me acomodaba, me he llevado de ahí algo de valor. Será un consuelo que me acompañará toda la vida el saber que el científico y el materialista no tienen la última palabra. Que cuando Darwin y Spencer se dedican a poner en duda creencias ancestrales, ellos mismos están sobre un fundamento de mera arena, con gigantescos presupuestos y con contradicciones irreconciliables a apenas unos centímetros de la superficie»⁸. Años más tarde escribirá que «tiene que existir filosofía buena, si no es por otra razón, al menos porque la mala tiene que ser contestada»⁹. A eso, a responder a filosofías que le parecían malas, dedicó una energía más considerable de lo que puede imaginar quien en un principio sólo se ha familiarizado con su obra literaria.

Pero la capacidad para ofrecerles respuesta no proviene sólo de la genialidad de Lewis, no proviene sólo de la consecuencia y la inteligencia, sino también de los libros, de haber estado apoyado en una riquísima tradición de reflexión sobre los problemas últimos del hombre. ¿En qué consiste esa tradición de la que Lewis se

⁸ Hooper, Walter (ed.), *Letters of C. S. Lewis*. Collins, Londres, 1988, pp. 212-213.

⁹ Lewis, C. S., *The Weight of Glory and Other Addresses*. Macmillan, Nueva York, 1965, p. 48.

hace vocero? En su charla inaugural en Cambridge se presentó a sí mismo como un «viejo hombre occidental». Pero este viejo hombre occidental se compone de varias tradiciones, en el caso de Lewis al menos tres tradiciones muy distintas. En primer lugar la tradición clásica: la literatura, filosofía e historia de Grecia y Roma. Luego la literatura inglesa, de la cual era especialista en los períodos medieval y renacentista. Finalmente, la tradición intelectual cristiana. Dónde se encontraba dentro de dicha amplia tradición cristiana es algo que tendremos ocasión de ver más adelante. Por lo pronto baste con notar que esto es ante todo una formación antigua —algo que para Lewis y quienes lo admiramos está lejos de constituir un reproche. Después de todo, alguien que creció con esa formación puede gracias a ella estar particularmente atento ante los problemas modernos.

3. Ética y política en la tradición del «viejo hombre occidental»

¿Pero en qué sentido se puede escribir, a propósito de un autor semejante, un libro sobre ética y política? Lo que solemos llamar política a Lewis definitivamente no le interesaba. Recordando dos pequeñas novelas que Lewis había escrito como niño, su hermano comenta lo siguiente: «Entonces, en 1912, produjo una novela completa, un resultado digno de crédito para un niño que aún no cumplía los trece años; y lo interesante es notar que esta novela, tal como la que pronto le siguió, giraba del todo en torno a la política. Para cualquiera que recuerde el desprecio que Jack [apodo con que los amigos llamaban a C. S. Lewis] como adulto sentía por la política y los políticos, esto parecerá extraordinario»¹⁰. ¿No resulta entonces forzado escribir sobre ética y política desde su obra? A eso yo respondería del siguiente modo: el presente libro es un libro sobre «ética» y «política» en

¹⁰ Lewis, Warren, «Memoir of C. S. Lewis», en *Letters of C. S. Lewis*. Collins, Londres, 1988, p. 26. El texto de estas novelas se ha publicado como *Boxen. The Imaginary World of the Young C. S. Lewis*. Harcourt Brace, San Diego, 1986.

el sentido —¡no en la proporción!— en que diríamos del *Gorgias* o la *República* de Platón que son libros de ética y política. Ciertamente lo eran, pero no son éticas «aplicadas», sino libros que plantean la pregunta respecto de cómo debemos vivir.

Pensemos, por ejemplo, en el *Gorgias* de Platón. Sócrates, el filósofo que encarna la vida examinada, discute ahí con Calicles, un político descaradamente ávido de poder, y que ni siquiera oculta que dicho afán de poder es su centro de gravitación. De hecho, reprocha a Sócrates su vida filosófica: le concede que eso puede «tener su encanto» cuando se es joven, pero que un adulto ya debiera haber superado eso, debiera haber pasado a cosas más importantes¹¹. ¿Debiera? El pasaje merece ser mencionado aquí, porque en su autobiografía Lewis escribe sobre el disgusto que siempre sintió por las conversaciones de adultos. Pero bajo «conversación de adultos» desde luego entendió la de Calicles, no la de Sócrates: «conversación sobre política, dinero, defunciones y digestión»¹². En un momento de su vida, estuvo de hecho a punto de rendirse, de dejar la vida examinada y volverse si bien no un Calicles, sí alguien «sensato», que huye de todo el romanticismo que lo había movido¹³. Pero no llegó a rendirse a la sensatez, sino que mantuvo abierta la pregunta por la verdad. Ahora bien, Sócrates, quien también mantuvo entre los suyos abierta dicha pregunta, fue calificado por Platón como el único verdadero político entre sus contemporáneos¹⁴. Y en ese mismo sentido también podemos decir que Lewis —un romántico insensato que no quiere hablar sobre política y dinero— fue un «verdadero político». Pero si abordamos la vida política de ese modo, de la mano de la pregunta por la verdad, de la pregunta por cómo debemos vivir, esto —como bien sabía Platón— nos llevará a una pregunta por la justicia. ¡Pero de cuánto más tendremos que hablar entonces! Pues cuando Platón se pregunta por la justicia, no es extraño que

¹¹ Platón, *Gorgias* 484c.

¹² Lewis, C. S., *Surprised by Joy*. Fontana Books, Londres, 1960, p. 111.

¹³ *Ibid.*, p. 162.

¹⁴ Platón, *Gorgias* 521d.

termine también preguntando por la relación con los dioses, que se ocupe del papel del conocimiento en nuestra vida (¿necesitamos algo más que conocimientos «útiles»?), y que incluso termine con una narración mítica sobre el juicio final, como ocurre en el *Gorgias* y la *República*. Lewis era un autor atento a la pregunta respecto de cómo debemos vivir, y así este mismo rango de preguntas se abren en su obra, permitiendo que en ese amplísimo sentido podamos escribir sobre «ética» y «política» en su pensamiento.

Ahora bien, Platón no sólo pregunta por la justicia. También se pregunta qué pasaría si un hombre cabalmente justo apareciera en esta tierra. Su respuesta es que sería «azotado y torturado, puesto en prisión, se le quemarán los ojos y, tras padecer toda clase de castigos, será empalado» (el equivalente persa de la crucifixión)¹⁵. Pero Lewis no sólo estaría de acuerdo con que esto *pasaría*, sino que es un autor cristiano, que cree por tanto que algo así de hecho *pasó*. En efecto, entre Platón y Lewis ha ocurrido algo demasiado significativo como para ser pasado por alto. Entremedio apareció el cristianismo, que no parece plantear la pregunta —o al menos la respuesta— «cómo debemos vivir» del mismo modo que los antiguos paganos. ¿Se nota en Lewis ese cambio? Sin duda se nota y veremos sus efectos en muchas partes de su pensamiento. Pero por otra parte, Lewis no es el tipo de autor que ve lo precristiano con los mismos ojos que lo postcristiano. Se asemejan, dice, tanto como una virgen y una viuda: ambas carecen de marido, pero es muy distinto estarlo esperando que haberlo perdido. De ahí se sigue —cree Lewis— que para que el hombre postcristiano se interese por el cristianismo, casi hay que partir por volverlo un pagano: hay que volver a una situación de expectación.

Hay un riesgo, por supuesto, cuando alguien tiene una imagen tan positiva del paganismo. El riesgo es que el cristianismo entre en su pensamiento, pero sólo en cierta área: que el cristianismo se haga cargo de lo «espiritual» —sea esto lo que sea— o que entre sólo como salvación, pero que no afecte el resto de nuestro modo

¹⁵ Platón, *República* 362a. Lewis alude indirectamente a este pasaje de Platón en Lewis, C. S., *Reflections on the Psalms*, Collins, Londres, 1998, p. 89.

de ver el mundo. Por decirlo en una palabra, que el cristianismo se haga cargo de lo sobrenatural, y la visión de mundo natural quede en manos del paganismo. Este tipo de dualismo, presente también entre quienes no son tan optimistas como Lewis respecto del paganismo, ha sido justamente denunciado por muchos pensadores cristianos de las últimas décadas. ¿Debemos situar a Lewis entre los justos objetos de tal denuncia? Creo que no, y podemos dejar que él mismo se defienda con las siguientes palabras: «Creo en el cristianismo tal como creo que ha salido el sol: no sólo porque lo veo, sino porque mediante él veo todo lo demás»¹⁶. Esto significa que el cristianismo está siempre presente en su pensamiento, pero no necesariamente como el objeto de su pensamiento, sino muchas veces como el lente mediante el cual mira los restantes objetos. Y es sobre todo a esos restantes objetos que dirigimos la mirada en este libro.

Lo dicho hasta aquí creo que se puede resumir de un modo muy sencillo: buscamos aquí dirigir la mirada a toda clase de temas, pero guiados por la pregunta respecto de cómo debemos vivir. Y el espíritu que nos anima en dicha búsqueda es un espíritu de moderación, pero que a la vez quiere situarse más allá de la mera sensatez. Así es como veremos a Lewis moviéndose entre progreso y la crítica de la civilización, entre razón e imaginación, entre el protestantismo y el catolicismo, entre alta cultura y democracia de masas —pero nunca buscando un mero término medio, sino el máximo bien del hombre para la suprema gloria de Dios. Y así, sin más preámbulos, nos dirigimos en primer lugar a aquello en que Lewis está profesionalmente en casa: la crítica a la degradación del lenguaje.

¹⁶ Lewis, C. S., *The Weight of Glory and Other Addresses*, Macmillan, Nueva York, 1965, p. 106.

El lenguaje y la racionalidad

1. Defendiendo la razón

Durante los años del régimen nacionalsocialista surgió en Alemania una obra con el curioso título de *LTI*. La sigla significaba *Lingua Tertii Imperii*, el lenguaje del Tercer Reich. Su autor, el filólogo judío Victor Klemperer, había llevado durante años un diario de vida en el cual tomaba nota de cada transformación del lenguaje que fuera llevada a cabo por la ideología dominante. Así, fue dejando constancia de todas las simplificaciones, de cómo el lenguaje de un grupo se iba tornando el lenguaje de toda la sociedad, de todos los campos de la vida, de cómo el gobierno tendía a calificar absolutamente cada uno de sus actos de «histórico», de cómo todo era elevado a categoría de «popular». ¿Por qué tomar nota de algo así? Klemperer nos confiesa su inquietud: «¿Será frialdad o pedantería académica la que me lleva una y otra vez a ocuparme del aspecto filológico de esta miseria? Realmente pruebo mi conciencia, y no: es un acto de supervivencia»¹⁷. Alguien podría criticar a Klemperer diciendo que se refugió en la torre de marfil de la filología, en lugar de participar de una resistencia más activa. Pero él nos asegura que se trata de supervivencia, que su «diario de vida filológico» ha sido lo que le ha permitido mantener el equilibrio: «Una y otra vez el llamado a ponerme por sobre la situación y recuperar la libertad interior me lo formulaba con esta fórmula secreta, ¡*LTI, LTI!*»¹⁸. Esta obra genial, *LTI*, no constituye una excepción. Lo mismo que

¹⁷ Watt, Roderick (ed.), *An Annotated Edition of Victor Klemperer's LTI, Notizbuch eines Philologen*, Edwin Mellen Press, Lewiston, 1997, p. 50.

¹⁸ *Ibid.*, p. 16.

hacia Klemperer bajo un régimen totalitario es lo que otros se sentían obligados a hacer bajo regímenes más libres. Pues cuando una sociedad entra en crisis, esto se nota con mucha claridad en su lenguaje. Quizás la más conocida explicación de esto no se encuentre en ninguna obra de teoría política, sino en la novela *1984* de George Orwell, y en el apéndice sobre la «neolengua» que añade a la novela. Según Lewis se trata de un apéndice «magnífico y afortunadamente separable de la novela», la cual le parecía meramente un «libro interesante y defectuoso»¹⁹ (a diferencia de la genial *Rebelión en la granja* del mismo Orwell).

El eslogan, como es descrito en dicho apéndice, es precisamente lo que caracteriza a la moderna sociedad de masas en sus actuaciones políticas. Sin pensar nos dejamos llevar por la bandera de turno. El tamaño de nuestras ciudades no hace las cosas más fáciles: al político desde luego le es constitutivamente imposible convencer de modo racional a un millón de personas —en el caso de las ciudades de tamaño todavía moderado— de que su propuesta es la mejor; y así se ve obligado a recurrir a una frase que asegure que su mensaje pueda ser comunicado. Y cuando toda la comunicación se realiza mediante el eslogan, mediante etiquetas, lo que se destruye no es sólo el lenguaje, que para todo efecto queda degradado; lo verdaderamente grave es que nadie tiene la oportunidad de pensar alguna vez seriamente el orden y el sentido de la política, sino que se resuelve recurriendo a frases hechas. Éstas, en efecto, dejan de ser un mero eslogan político para tiempos de campaña, y se convierten rápidamente en el medio por el cual todo el mundo expresa sus «convicciones» (si merecen ser llamadas así) políticas, que así jamás serán más profundas que el eslogan mismo. Pero criticar los eslóganes no sirve de mucho, ya que también el decir «eso es un eslogan» puede ser un mero eslogan... Es necesario dar un paso más, no sólo criticar el eslogan, sino además defender la racionalidad y defender el lenguaje. De hecho, aunque Lewis sea un escritor al que uno bien podría imaginar llevando «diario de vida filológico», no nos encontramos en su obra con la defensa pedante de

¹⁹ Lewis, C. S., *On Stories and other Essays on Literature*, Harcourt Brace, Nueva York, 1982, p. 101.

un lenguaje elevado, sino que su defensa del lenguaje siempre es una defensa de la razón. Su obra, en efecto, se encuentra llena de apelaciones al sentido común, para desde él defendernos de las ideas de moda. A continuación ilustraremos esto a partir de un ensayo suyo titulado *Bulverismo, o el fundamento intelectual del siglo XX*.

«Bulverismo» es un nombre inventado por Lewis para designar una práctica que considera típica de la retórica actual: la de intentar sugerir *por qué* alguien está equivocado, antes de demostrar que efectivamente *está* equivocado (Bulver es un personaje imaginario que funda el pensamiento del siglo XX tras oír a su madre quejarse de que su padre dice algo *porque es hombre*). Así por ejemplo, si alguien propone una idea de una determinada tendencia política, es común que reciba por réplica «tú dices eso porque eres de tal tendencia». De este modo, evitamos elegantemente hacernos cargo de los argumentos del interlocutor. Damos sólo apariencia de refutación, sin ofrecer efectivamente una refutación. Si se trataba de una idea económica, por ejemplo, la discusión entera se podría desarrollar sin decir una palabra de economía, sólo con réplicas y contrarréplicas del tipo «lo dices porque eres de izquierda», «ustedes intentan oprimir al pueblo y por eso rechazan esta idea», etc. Salta a la vista que casi todo el debate público actual se realiza en estos términos: con una discusión que puede ser agitada, polémica, en muchas ocasiones ofensiva y que, sin embargo, jamás toca el tema que realmente esté en disputa.

Pero esto del «bulverismo» no nace en el plano político, sino que se origina en el plano intelectual. El primer lugar donde Lewis lo identifica es en el marxismo y el freudianismo: «Los freudianos han descubierto que existimos como un atado de complejos. Los marxistas han descubierto que existimos como miembros de una clase económica. En los viejos tiempos se suponía que si algo resultaba obviamente evidente a unas cien personas, entonces probablemente era en verdad cierto. Hoy en día el freudiano te enviará a analizar a los cien: descubrirás que todos consideran a Elizabeth I una gran reina porque tienen un complejo en relación a su propia madre. Sus ideas están “psicológicamente teñidas” desde el origen. Y el marxista te sugerirá examinar los intereses económicos de

los cien; verás que todos aprecian la libertad porque son miembros de la burguesía cuya prosperidad es aumentada por una política de *laissez-faire*. Sus ideas están “ideológicamente teñidas” desde el origen. Ahora bien, esto es obviamente muy divertido; pero no siempre se nota que hay una cuenta que pagar por ello. Existen dos preguntas que deben ser hechas a la gente que hace este tipo de afirmaciones. La primera es si acaso *todas* las ideas están de este modo teñidas desde el origen o sólo algunas. La segunda es si esto invalida a la idea teñida —en el sentido de volverla falsa— o no. Si nos responden que *todas las ideas* están contaminadas de este modo, entonces, por supuesto, tendremos que recordarles que el freudianismo y el marxismo son sistemas de pensamiento del mismo modo como lo pueden ser la teología cristiana o el idealismo filosófico. El freudiano y el marxista están en la misma embarcación que el resto de nosotros, y no pueden criticarnos desde afuera. Han aserrado la rama en la cual estaban sentados ellos mismos. Si, por otra parte, nos responden que la teñidura no tiene por qué invalidar sus propias ideas, entonces tampoco tiene por qué invalidar las nuestras. En este caso no sólo han salvado su propia rama, sino la nuestra juntamente»²⁰. Lo que Lewis está criticando es aquella tendencia común no sólo a Marx y Freud, sino también a Nietzsche —y a las innumerables síntesis más o menos creativas que el siglo XX nos ofreció de estos tres autores— a no atender a lo que se nos dice, sino a la motivación del que habla; a realizar una «genealogía»: no preguntar por la verdad de lo que leemos, sino por los ocultos intereses de quien lo escribió; la tendencia a considerar secundaria la preocupación por la verdad de lo que se nos dice y primario algo que está detrás, algo que hay que sacar a la luz desenmascarando intereses.

Esto tiene mucho que ver con la constatación de que nadie es neutral. En eso, por cierto, los «bulveristas» tienen toda la razón, pero sacan de ahí la conclusión equivocada. Al respecto tenemos una simpática aclaración de Lewis cuando escribe sobre el Club Socrático de Oxford, una asociación que había cofundado, dedicada

²⁰ Lewis, C. S., «Bulverism», en *First and Second Things*, Collins, Londres, 1985, pp. 13-14.

a la discusión pública sobre la verdad o falsedad del cristianismo. Al invitar a participar reconocía que «nunca hemos pretendido ser imparciales. Pero la argumentación sí lo es. Tiene una vida propia, y no hay hombre que pueda decir hacia dónde llevará»²¹. El «bulverista» también constata que los seres humanos somos parciales, pero saca de ahí la conclusión de que todo raciocinio está teñido, que no hay argumento que sea confiable. Bajo ese raciocinio «bulverista» o genealógico por supuesto todas las posturas pueden ser defendidas (o atacadas). La tendencia original puede pertenecer a marxistas y freudianos, pero también se puede ser un antimarxista y antifreudiano argumentando tan mal como ellos. Lo que caracteriza al «bulverismo» en todo momento es el atender a la psicología del contrincante, a sus eventuales intereses ocultos, en lugar de hacernos cargo realmente de lo que piensa: «Supongamos que, tras hacer algunos cálculos, creo tener una suma considerable de dinero en el banco. Y supongamos que tú quieres descubrir si acaso esta conclusión mía sólo se debe a mi deseo de tener tal suma. Nunca podrías llegar a tal conclusión estudiando mi condición psicológica. La única manera de averiguarlo es que te sientes y hagas los cálculos correspondientes. Sólo cuando hayas hecho esto, sabrás si lo que digo corresponde a la verdad. Si mis cálculos fueron correctos, ningún fanfarroneo en torno a mis condiciones psicológicas puede ser algo más que una pérdida de tiempo. Si en cambio, mis cálculos eran falsos, entonces puede resultar interesante explicar psicológicamente cómo llegué a ser tan malo en aritmética, y la idea del deseo oculto puede tornarse relevante —pero sólo *después* de haber hecho tú mismo los cálculos y demostrado, en base a criterios puramente matemáticos, que estoy equivocado. Y lo mismo acontece con toda idea y todo sistema de pensamiento. Si intentas demostrar quién está equivocado especulando sobre las intenciones ocultas de los pensadores, sólo estás haciendo el ridículo. Primero debes mostrar en términos meramente lógicos quién de ellos tiene posiciones insostenibles. Después, si te interesa, ve y descubre las causas psicológicas del error. En otros términos, tienes que demostrar el hecho de

²¹ Lewis, C. S., «*God in the Dock. Essays on Theology and Ethics*» en *The Collected Works of C. S. Lewis*, Inspirational Press, Nueva York, 1996, p. 386.

que un hombre *está* equivocado, antes de empezar a demostrar *por qué* está equivocado»²². El desenmascaramiento tiene así una apariencia de «profundidad», porque va «más allá» de las apariencias; pero en realidad es sumamente superficial, pues nunca toma en serio al interlocutor: va «más allá» antes de tiempo, antes de lidiar con los argumentos del contrincante. Es decir, se escapa.

No sólo las ideas políticas son objeto de ese tipo de crítica, sino que cualquier cosa puede ser atacada del mismo modo. Lewis pone por supuesto el ejemplo de su propia fe cristiana. «Así es como veo mi religión rechazada con el siguiente argumento: “el cómodo párroco tenía todo tipo de razones para convencer al obrero del siglo XIX de que su pobreza sería recompensada en otro mundo”. Pues bien, seguramente las tenía. Si suponemos que el cristianismo es un error, puedo imaginar perfectamente que algunos todavía encontrarían algún motivo para inculcarlo. Lo comprendo tan claramente que, desde luego, puedo jugar el mismo juego al revés, diciendo que “el hombre moderno tiene todo tipo de razones para intentar convencerse a sí mismo de que no hay sanciones eternas detrás de la moralidad que está rechazando”. Porque el bulverismo es un juego verdaderamente democrático, en el sentido de que puede ser jugado por todos durante todo el día, y no otorga ningún privilegio a la pequeña y ofensiva minoría pensante. Pero desde luego no nos permite acercarnos un centímetro a resolver la cuestión de si efectivamente la religión cristiana es verdadera o falsa»²³. Sólo haciéndonos cargo de los argumentos del contrincante, y no de sus intereses, podemos avanzar en el descubrimiento de la verdad. Pero para atreverse a pensar, a hacerse realmente cargo de los argumentos del contrincante en lugar de desestimarlos, hace falta no sólo rigor intelectual, sino quizás ante todo coraje, la valentía de seguir la verdad a donde nos lleve, reconociendo que eso muchas veces puede significar dejarnos convencer por otros. Y mientras que eso no suceda, no se puede esperar que la razón desempeñe

²² Lewis, C. S., «Bulverism», en *First and Second Things*, Collins, Londres, 1985, p. 15.

²³ *Ibid.*, p. 16.

un papel efectivo en los asuntos humanos. Lewis era consciente de eso, y así hace hablar a un diablo acerca de las épocas pretéritas en las que los hombres «todavía sabían bastante bien cuándo estaba probada una cosa, y cuándo no lo estaba; y una vez demostrada, la creían de verdad; todavía unían el pensamiento a la acción, y estaban dispuestos a cambiar su modo de vida como consecuencia de una cadena de razonamientos»²⁴. Lewis no sólo sabía disfrutar de una buena disputa intelectual, sino que estaba dispuesto a cambiar su modo de vida si se le mostraba que estaba equivocado. Podría haber dicho, como Sócrates, que no hay nada peor que estar equivocado. Tal centralidad de la preocupación por la verdad nos acompañará en el resto de este libro, y sólo vale la pena seguir embarcados en él si se comparte con Lewis dicha preocupación.

2. El verbicidio

Pero habíamos comenzado tratando no sobre argumentos sino sobre palabras, y tenemos que volver a ellas. Que cuidar el lenguaje sea algo fundamental para la política no es una invención reciente. Ya Aristóteles creía que precisamente en la capacidad para hablar se encontraba el rasgo que hacía que los seres humanos podamos ser considerados como más sociales, incluso, que las abejas: «El hombre es el único animal que tiene palabra. Pues la voz es signo de dolor y placer, y por eso la poseen también los demás animales. [...] Pero la palabra es para manifestar lo conveniente y lo perjudicial, así como lo justo y lo injusto. Y esto es lo propio del hombre frente a los demás animales: poseer, él solo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto»²⁵. En tal afirmación la clave está en que las palabras no son sólo transmisoras de «estados» del sujeto: eso es algo que ya hace la voz de los animales, dar a entender si el sujeto se siente bien o no. Las palabras más propiamente humanas trascienden eso, son expresión de lucha por ideas, de búsqueda de

²⁴ Lewis, C. S., *Cartas del diablo a su sobrino*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1996, p. 25.

²⁵ Aristóteles, *Política* 1253 a 10-12.

la verdad. No hay mucho que esperar de una sociedad de la que haya desaparecido la capacidad para verdadera conversación, la capacidad para luchar por ideas, el interés por buscar la verdad. Lewis obviamente creía que estamos perdiendo eso, y cayendo en un «lenguaje» puramente animal, que nuestras palabras cada vez refieren menos con claridad a ciertos conceptos para convertirse en lugar de eso sólo en quejas o elogios, en signos animales de mero dolor o placer. ¿Qué indicios veía de que eso fuera así?

En una ocasión, escribiendo acerca de Lewis, su amigo Owen Barfield señaló que «no me gusta más el verbicidio que al mismo Lewis»²⁶. Al usar esta palabra «verbicidio» Barfield estaba evocando un término usado por el propio Lewis en 1960, en *Estudios sobre palabras*, un libro cuya preocupación era precisamente la muerte de las mismas. Dicho libro era, por decirlo así, el *LTI* de Lewis. Pero no se trata de denunciar un mero empobrecimiento cultural, sino de que la misma capacidad de pensar con claridad es la que está en juego: «Cuando, por muy reverentemente que lo hagas, asesinas una palabra, también has eliminado de la mente humana la cosa que la palabra originalmente significaba. Los hombres no continúan por mucho tiempo pensando en aquello que han olvidado cómo nombrar»²⁷. Veamos en qué consiste concretamente según Lewis la muerte de las palabras. Las palabras mueren cuando no las utilizamos para señalar lo que realmente significan. Lewis llama la atención sobre cuán pocas veces le decimos a alguien que es deshonesto, poco confiable, inmaduro, etc. En lugar de eso, preferimos —para decir lo mismo— afirmar que la persona en cuestión es un «cerdo», un «animal». La degradación no consiste en el hecho de que esta segunda lista sea más ofensiva, porque también se da el proceso en forma inversa: palabras que antes eran sólo una descripción ahora son un elogio, como ocurre por ejemplo con la palabra «demócrata». Es decir, el problema no es simplemente cuán ofensivos o no ofensivos seamos, sino el hecho de que lentamente las palabras van

²⁶ Barfield, Owen y G.B. Tennyson (ed.), *Owen Barfield on C. S. Lewis*, Wesleyan University Press, Middletown, 1989, p. 121.

²⁷ Lewis, C. S., «The Death of Words», en *Of This and Other Worlds*, Collins, Londres, 1982, p. 141.

perdiendo su significado propio, descriptivo, y las vamos convirtiendo en meros términos de elogio o de insulto, de aprobación o reprobación. Tomemos el ejemplo del «gentleman», el caballero: «Esto una vez fue (tal como “villano”), un término que definía un hecho social y genealógico. La cuestión de si acaso el Sr. Snooks era un caballero era tan soluble como la cuestión de si era un abogado o si tenía una maestría en artes. La misma cuestión, preguntada cuarenta años más tarde (cuando era preguntada muy frecuentemente), no admitía solución alguna. [...] Ésta es una de las maneras en que mueren las palabras»²⁸. El vocabulario del insulto y del elogio crece a costa del vocabulario de la definición precisa: «La principal causa de verbicidios es el simple hecho de que la gente está más ansiosa por expresar su aprobación o rechazo de las cosas que interesados en describirlas»²⁹.

No se trata de un problema que afecte solamente a los que aman un idioma, sino de que perdemos la posibilidad de describir realidades, y tenemos que acudir a formulaciones más torpes para lograrlo: Lewis pone el ejemplo de los adjetivos «real» o «verdadero». Una vez que tenemos que agregar uno de estos adjetivos a una palabra, es porque la palabra está muriendo. Así, si tenemos que decir que alguien es un «verdadero caballero», es porque la palabra «caballero» ya ha perdido casi todo su significado. Podríamos añadir el adjetivo «auténtico»: una vez que tenemos que explicar que alguien es un «cristiano auténtico», es porque la palabra «cristiano» está también empobrecida. Y la lista de palabras importantes en esa situación es extensa: «Abstracto» (en parte por la infección fonética de “abstruso”) ha llegado a significar algo así como “vago, brumoso, insustancial”; se ha vuelto un mero término de reproche. “Moderno”, en la boca de muchos hablantes ha dejado de ser un término cronológico; [...] por lo general ha llegado a significar algo así como “eficiente” o (en algunos contextos) “bueno”; “barbaridades medievales”, en la boca de muchos hablantes, no hace referencia ni a la Edad Media,

²⁸ Ibid., p. 138.

²⁹ Lewis, C. S., *Studies in Words*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, p. 7.

ni a aquellas culturas clasificadas como bárbaras»³⁰. Muchas otras palabras pueden ser usadas como términos que no buscan describir, sino meramente insultar. Pero es importante dar con el núcleo preciso de esta crítica de Lewis. No se trata simplemente de criticar un lenguaje de alto contenido emocional. Un lenguaje emocional puede estar justificado: no hablamos sólo para informar, sino para exhortar, corregir, amar, consolar e interceder. Lo que ocurre en los ejemplos de verbicidio que aquí nombra Lewis es más bien que el tipo de uso emocional que se da a ciertas palabras pasa por vaciarlas antes de todo contenido: la única función de una palabra como «villano» hoy es insultar; la palabra es incapaz de decirnos siquiera por qué estaría siendo insultada la persona en cuestión, ya que ciertamente no es por vivir en una villa. Así, en este tipo de palabras vaciadas de contenido descriptivo, llegamos a un límite entre el lenguaje, esa palabra que Aristóteles consideraba lo específicamente humano, y el sonido inarticulado por el que los animales expresan sus gustos. Todas estas palabras originalmente sí aludían a un contenido: insultaban o elogiaban por asociación, por sugerir una imagen. «Por eso lograban herir, porque herir no era lo único que buscaban»³¹. Pero ahora, separadas de dicha descripción, sólo nos indican que el hablante perdió la paciencia.

Lewis acaba su gran obra de *Estudios sobre palabras* con un sencillo llamado a recuperar el uso correcto de los adjetivos peyorativos. «El principal, más simple y más abstracto —nos recuerda— es simplemente *malo*. El único motivo para apartarnos de este adjetivo cuando queremos criticar algo es si queremos ser más específicos, intentando responder a la pregunta “¿malo en qué sentido?”»³². Tal precisión no se logra calificando a alguien de bárbaro o fascista, sino calificándolo de cobarde o mentiroso: con eso sí se ha logrado precisar en qué sentido encontramos malo a alguien; y ese tipo de sobria precisión podría hacer mucho bien a nuestra vida política.

³⁰ Lewis, C. S., «The Death of Words», en *Of This and Other Worlds*, Collins, Londres, 1982, p. 139.

³¹ Lewis, C. S., *Studies in Words*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, p. 323.

³² *Ibid.*, p. 327.

3. La prensa y la opinión

«¿No entiendes que, entonces, no tenías derecho alguno a tener una opinión sobre esa cuestión?»³³. Con esa pregunta uno de sus grandes maestros había sorprendido al joven Lewis. Éste había intentado llenar el silencio simplemente «charlando», pero Kirk le enseñó algo que hasta entonces ignoraba: que sus pensamientos tenían que estar *fundamentados* en algo. Era el tipo de profesor que se jactaba de no tener *opiniones* sobre nada. Desde luego Lewis nunca llegó a ser un hombre tan puramente lógico como Kirk, pero recordaba a éste como uno de sus grandes maestros: «He aquí un hombre que pensaba no sobre ti, sino sobre lo que has dicho»³⁴.

Al revisar lo que Lewis escribe sobre la prensa, conviene tener esta historia sobre su maestro Kirk en el trasfondo. Pues vivimos en un tiempo de opiniones, publicidad y comunicación masiva, y cada uno de esos hechos puede destruir nuestro pensamiento y nuestro lenguaje. Pero parecen ser elementos constitutivos de las sociedades masivas. En *El regreso del peregrino*, Lewis pone en boca del «Sr. Ilustración», quien presenta a un forastero su ciudad, las siguientes palabras: «Cuando llegué aquí el pueblo tenía cuarenta habitantes: ahora se puede jactar de 12.400.361 almas, incluyendo en esta población la mayor parte de los más influyentes publicistas y divulgadores científicos. En este desarrollo sin par yo mismo he desempeñado un papel no pequeño; pero no es falsa modestia afirmar que la creación de la imprenta ha sido más importante que cualquier acción personal»³⁵. Está claro lo que Lewis quiere criticar, pero con ello parece estar metiéndose en un problema, pues según su misma descripción lo que está criticando parece ser un problema constitutivo de las sociedades masivas. Pero si bien para este problema no hay una solución mágica —y Lewis nunca nos invita a dejar la gran ciudad para volver a la vida rural— tampoco hay que mirar en menos lo que significa el tener al menos conciencia de los pro-

³³ Lewis, C. S., *Surprised by Joy*, Fontana Books, Londres, 1960, p. 110.

³⁴ *Ibid.*, p. 112.

³⁵ Lewis, C. S., *The Pilgrim's Regress. An Allegorical Apology for Christianity, Reason and Romanticism* en *The Collected Works of C. S. Lewis*, Inspirational Press, Nueva York, 1996, p. 22.

blemas. Y así, vale la pena que acompañemos por algunas líneas más a Lewis en su preocupación por la prensa escrita. En efecto, pocas cosas le producían la antipatía que podía producirle el periodismo. En carta a una amiga norteamericana escribe: «La única razón por la cual todo eso no me enferma es que no lo leo. Jamás leo la prensa. ¿Cómo puede llegar alguien a leerla? Virtualmente todo es mentira, y uno tiene que vadear tales corrientes de palabrería...»³⁶. También su secretario personal, Walter Hooper, cuenta algo al respecto: «“¿Quién es Elizabeth Taylor?” me preguntó C. S. Lewis. Estábamos hablando sobre la diferencia entre “gracia” y “belleza”, y yo había sugerido que Miss Taylor era una gran belleza. “Si leyeras la prensa”, le dije a Lewis, “sabrías quién es”. “¡Ah!” respondió Lewis, “pero es así como me conservo limpio del mundo”. Me recomendaba que si absolutamente tengo que leer la prensa, me diera un frecuente enjuague con *El señor de los anillos* o algún otro gran libro»³⁷.

Ahora bien, esta crítica de la prensa desde luego no es nada particular de Lewis: cualquiera puede divagar sobre la charlatanería o la liviandad del periodismo. Pero conviene ser cauteloso en esta crítica de la prensa. Pues es poco probable que una profesión tenga el monopolio de los charlatanes y que el resto nos encontremos a salvo. Lewis al menos era igualmente sospechoso —como veremos más adelante— respecto de su propia profesión, la de crítico literario. Con todo, hay en su obra al menos una ocasión en la que dice respecto del periodismo, o más bien sobre un mundo dominado por la opinión, algo verdaderamente incisivo, una crítica propia de él y nada de trivial. En *El regreso del peregrino*, la Razón (personificada) pregunta al joven peregrino por qué es incapaz de vivir buscando respuestas. «No lo sé, nunca lo he intentado», responde éste. La Razón replica que tiene que aprender a vivir en dicha tensión si quiere llegar lejos de la mano de ella. Y a propósito de ello hace una precisión: hay ciudades donde no se puede llevar tal género de vida, «porque la gente que vive ahí está obligada a emitir una opinión una vez a la semana o una vez al día». En condiciones como

³⁶ Lewis, C. S., *Letters to an American Lady*, Eerdmans, Grand Rapids, 1987, p. 47.

³⁷ Hooper, Walter, «Introduction» en Lewis, C. S., *Present Concerns*, Collins, Londres, 1986, p. 8.

éas parece efectivamente imposible que haya genuina búsqueda sostenida de la verdad. «Pero aquí en el campo abierto puedes caminar todo el día, y también el día siguiente, teniendo en mente una pregunta para la que aún no tienes respuesta: nunca tendrás necesidad de hablar hasta que hayas aclarado tus pensamientos»³⁸. Tomemos nota del sentido de esta crítica a un mundo dominado por medios de comunicación masiva: el centro del argumento no es una crítica a la libertad de expresión, sino una defensa de la libertad de pensamiento, que se puede ver ahogada por el deber de andar «expresándonos» en cada momento. Lewis trabajó en la universidad, uno de los «campos abiertos» que menciona la Razón, sin la presión de tener que estar dando opiniones. Veremos a continuación a qué verdades llegó en la búsqueda que ese campo abierto le permitió. Pero partiremos por lo que Lewis creía que era el tal vez principal obstáculo del hombre moderno en la búsqueda de la verdad, el «esnobismo cronológico».

³⁸ Lewis, C. S., *The Pilgrim's Regress. An Allegorical Apology for Christianity, Reason and Romanticism* en *The Collected Works of C. S. Lewis*, Inspirational Press, Nueva York, 1996, pp. 50-51.